

ACCIÓN CONJUNTA MAR Y TIERRA PARA LEVANTAR UN CERCO EN LOS AÑOS FINALES DEL SIGLO XVIII¹

El levantamiento del cerco de Ceuta de 1790-1791.

LAND AND SEA JOINT ACTION TO LIFT A SIEGE IN THE LATE YEARS OF THE EIGHTEENTH CENTURY.

The lifting of the siege of Ceuta in 1790-1791.

Antonio Carmona Portillo, Instituto de Estudios Ceutíes, España.

E-mail: ceumaes@gmail.com

Resumen: Este artículo hace referencia a la forma en la que se produjo el levantamiento del cerco de Ceuta en 1790-1791: la localización de las fuerzas atacantes, el sistema defensivo de la ciudad española, las dificultades y ventajas de las posiciones de ambas fuerzas y la táctica empleada para acabar con la principal amenaza a la ciudad: la artillería marroquí. Mención especial merece la utilización conjunta de fuerzas de mar y tierra para esta operación y el papel que jugó en ella el invento del almirante Barceló: las lanchas cañoneras.

Palabras claves: Cerco, táctica convergente, Ceuta, Marruecos, marina.

Abstract: This article refers to the way in which the siege of Ceuta in 1790-1791 was lifted: the location of the attacking force, the defense system of the Spanish city, the difficulties and advantages of the positions of both forces, and the tactics used to stop the greatest threat to the city: The Moroccan artillery. We should stress the joint use of land and sea forces for this operation and the role they played in the of Admiral Barceló's invention: the gunboats.

Keyword: Siege, convergent tactic, Ceuta, Morocco, marine.

¹ Recibido: 6/3/2013 Aceptado: 1/9/2013 Publicado: 15/01/2014

Introducción.

Como afirma José Antonio Sainz de la Peña, el nivel operacional está hoy reconocido por todos los ejércitos como el nivel en el cual se conciben y ejecutan las operaciones y campañas y en el que se planifican, conducen y sostienen las operaciones para alcanzar los objetivos fijados por el nivel estratégico en un determinado teatro o zona de operaciones². Estas tácticas preconcebidas tenían en los primeros años del siglo XVIII una concepción casi de opereta. Los desvaríos llegaban a extremos tales como el de considerar digno de elogio el hecho de que un general hubiera formado a sus tropas dibujando las iniciales de la emperatriz María Teresa. La disciplina en la formación, movimiento e incluso el disparo al unísono era una táctica de orden cerrado que impedía una mayor eficacia en los combates³.

Por esa razón fue tan providencial la reforma del marqués de la Ensenada, que no solo consistiría en poner en pie una serie de batallones y regimientos, sino también en dotar al soldado de una capacidad de fuego y de acción que sobrepasaba las formas obsesivamente disciplinarias que había introducido en España la escuela francesa a principios de siglo.

El caso que nos ocupa en este trabajo es un ejemplo de planificación de operaciones estratégicas, así como de movimientos de tropas en un campo de operaciones que dista mucho de las formaciones cerradas que se usaban en la época. Es cierto, al respecto, que el escenario que vamos a explicar a continuación no es el que aparece en las grandes batallas a campo abierto, sino que se trata de una ciudad asediada y de un ejército que le pone cerco. Todo ello en un entorno geográfico peculiar.

En concreto nos vamos a referir a Ceuta, plaza española del Norte de África que desde su conquista por los portugueses en 1415, estuvo sometida a continuos ataques por parte de las tribus vecinas o por las fuerzas regulares de la monarquía marroquí. En muchas de estas ocasiones su defensa se llevó a cabo con estrategias militares perfectamente planificadas tanto por el estado mayor central, como por el gobernador militar de Ceuta.

² SAINZ DE LA PEÑA, José Antonio. (2012): "Inteligencia Táctica" en *UNISCI Discussion Papers*, N° 28 (Enero/January), p. 216.

³ HERNANDEZ DEL POZO, Luis. (cord.) (1983): "Las Armas y los servicios" en *Historia de las Fuerzas Armadas*. Zaragoza, Ediciones Palafox, p. 36.

Esta ciudad sufrió en el siglo XVIII varios asedios, pero dos fueron los más importantes. El primero fue el que le puso el emperador de Marruecos, Muley Ismail, desde 1696 hasta 1727. El otro, en el que nos vamos a detener en este breve trabajo, se produjo a finales de siglo, entre los años 1790 y 1791 y fue efectuado por el hijo de Muhammad III, al-Yazid.

Un asedio es un bloqueo prolongado de una fortaleza con el objetivo de conquistarla mediante la fuerza o el agotamiento. Durante la edad moderna el asedio fue la forma dominante de guerra en Europa occidental, y su valor se fue perdiendo conforme aumentaba el poder destructor de la artillería. El caso que nos ocupa en este trabajo muestra la frontera entre la etapa moderna de la estrategia de asedio y la que surge con posterioridad a las guerras napoleónicas. Por consiguiente es un modelo aún propio del antiguo régimen militar, pero con connotaciones avanzadas.

Un asedio puede acabar de varias maneras: bien mediante su ruptura por los defensores, de forma autónoma o con ayuda exterior, o bien con la caída de la fortaleza. En el caso del asedio de Ceuta en 1790-1791 terminaría con el mantenimiento de las posiciones. Es decir, la plaza española no fue tomada por el enemigo. Sin embargo hay que matizar que el cerco no fue levantado de forma autónoma por las propias fuerzas de la plaza asediada, sino que a ello contribuyó el auxilio de tropas desde el exterior.

Las relaciones entre España y Marruecos durante el reinado de Muhammad III (1757-1790) fueron relativamente amistosas. Tras el fracaso del alauita en la toma de Melilla y demás Presidios menores en 1774 y la subsiguiente paz firmada entre el embajador Ben Utman y Carlos III, España alcanzó una mayor influencia en la corte magrebí, desbancando a Inglaterra en las preferencias internacionales del sultán.

Tras la muerte de Muhammad ben Abdallá (1790), se produjo en Marruecos una guerra civil entre los hijos del sultán por conseguir el poder (una más de tantas que se sucedieron a lo largo de su historia). De esta guerra salió triunfante Muley al-Yazid, precisamente aquel por el que el sultán no sentía especial simpatía, dado el carácter díscolo y contestatario hacia su padre.

Una vez en el trono, aunque continuase la amenaza de otros pretendientes, al-Yazid decidió poner cerco a la ciudad de Ceuta, tratando con ello de contentar a los

surfes⁴ de las cabilas vecinas y, según cuenta la tradición, cumplir la promesa que les hizo a los religiosos del santuario de Tetuán en el que estuvo refugiado mientras vivió su padre.

1. El ejército de al-Yazid.

Es difícil conocer la composición de ejército marroquí en estas fechas. Fernández de Olarte estimaba que, en tiempos de paz, Marruecos podía alistar hasta 200.000 soldados, a quienes el rey daba una manutención de 20 reales mensuales. Por su parte el médico inglés Lampriere, que visitó la corte de Muhammad III para asistir a uno de sus hijos, afirma que solo disponía de unos 35.000 soldados, entre blancos y negros (*abis*)⁵. Los blancos se distribuían en diferentes lugares del territorio marroquí, ubicados en alcazabas, y se dedicaban en tiempo de paz al cultivo de sus tierras. Dependían del gobernador de cada provincia. Cada 25 soldados eran mandados por un alcaide subalterno y cada cuatro grupos de éstos formaban una unidad bajo el mando de otro alcaide superior. Los negros o *abis* eran soldados mercenarios al servicio directo del emperador y protagonistas en algunas ocasiones de derrocamientos reales. Se reclutaban entre los hombres de las tribus subsaharianas y su lealtad solo era posible mientras estuvieran pagados y mantenidos. La marina marroquí era casi inexistente en estas fechas, aspecto este importante para entender lo que vamos a explicar en este trabajo⁶.

Tenemos distintas informaciones sobre el número de soldados que cercaban Ceuta en 1790. En algunos pasajes de los diarios que hemos consultado para su esclarecimiento, se especifica la cantidad de entre 18.000 y 20.000 hombres; en otros se reduce a 10.000⁷. El superior de los franciscanos de Mequínez (actual Meknés), apuntaba que en esta ciudad había acantonados y dispuestos al asedio más de 40.000 hombres, a los que debían unirse otros por el camino hacia Ceuta. No creemos que fueran tantos, pero el número debió ser abultado, pues la posibilidad de unirse al ejército imperial sobre la marcha era fácil. El vicecónsul de España en Tánger, Antonio

⁴ Jefes políticos-religiosos de cada una de las tribus bereberes del Norte de Marruecos.

⁵ Archivo General de Simancas. Secretaría de Guerra, legajo 7.314.

⁶ LEMPRIERE, W. (1793): *A tour from Gibraltar to Tangier, Saller, Mogador, Santa Cruz, Tarudan: and thenze, over Mocent Atlas, to Maroco*, London, J. Walter, pp. 259-262.

⁷ Instituto de Historia y Cultura Militar. Archivo General Militar de Madrid (I.H.C.M.). *Diario de lo ocurrido en la Plaza de Ceuta desde el 23 de septiembre de 1790 al 3 de diciembre de 1791* (6041-4-3-6-8). *Sitio de Ceuta. Años 1790-1791* (6043-4-3-6-10).

González Salmón, declara en una carta al gobernador de Ceuta: “no tiene cada uno de por sí que hacer más que cargar con el sable o escopeta”⁸.

De cualquier manera en un principio la guarnición atacante estaba formada por guardias del sultán, a la que se unió el contingente de negros (*abis*). Posteriormente tuvo al-Yazid que retirar a estos últimos para dedicarlos a sofocar las rebeliones que sus hermanos provocaban en diversas partes del reino. Por consiguiente es difícil que todo el contingente de tropas que asediaron Ceuta en estas fechas estuviera en el campamento del Serrallo al mismo tiempo. Al mando de ellas se encontraba el alcaide, Alí ben Ahmad, primo del rey, aunque debido a sus repetidos fracasos para asaltar las murallas ceutíes, sería sustituido en noviembre de 1791 por Sidi Abdelazid⁹.

Era, pues, un ejército peculiar, aún para los años finales del siglo XVIII, ya que los soldados magrebíes solían abandonar frecuentemente las trincheras para dedicarse al cultivo de sus campos o a pastorear el ganado, con lo que obtenían su medio de vida. Se especula también, por los informes del vigía del Hacho, que en el campamento atacante se habían asentado familias enteras.

La táctica que pretendían seguir estas fuerzas contra Ceuta consistía en establecer una serie de apostaderos sobre los que se situarían las baterías desde dónde llevarían a cabo un fuerte bombardeo que abriera brechas en sus murallas. Este bombardeo iría acompañado de disparos de fusilería que preludiarían el asalto final. El análisis de los episodios bélicos narrados por los diversos diarios sobre el cerco, permite asegurar que en los planes de los atacantes no entraba el asalto indiscriminado a las murallas ceutíes, sino que esperaban que la plaza se rindiera a causa del bombardeo a que la sometían. Pero a pesar de contar con asesores británicos y de que el propio al-Yazid, fuera un experto artillero, el acierto en el fuego contra Ceuta fue casi nulo.

Como se sabe, la esencia de un asedio consiste en cerrar el cerco, ya que de esta manera se evitaba tanto el ataque de las fuerzas interiores de la plaza cercada, como de las que, desde el exterior, llegaran para levantarlo. Este concepto militar ya se había hecho patente en el siglo XVII durante los sitios largos, como el de Ostende (1601-

⁸ Archivo Histórico Nacional. Estado (A.H.N). Legajo 4.323.

⁹ A.H.N. Legajo 4.324.

1604)¹⁰. El cierre completo de la plaza sitiada exigía arduos trabajos, y en el caso que nos ocupa mucho más, pues para rodear Ceuta se hacía necesaria una marina de guerra de la que el ejército marroquí carecía. En consecuencia Ceuta estuvo abastecida durante todo el tiempo, su puerto libre de cerco y a su muelle llegaban las tropas sin más dificultades que las derivadas del mal tiempo en la zona.

2. La distribución de las tropas atacantes.

Las tropas atacantes estaban situadas a $\frac{3}{4}$ de leguas de la Plaza de Ceuta. Su cuartel general era el lugar conocido como el Serrallo (aparece con el número 9 en la ilustración 1.), cercano al arroyo del Infierno y situado en una elevación del terreno que le permitía una buena observación de la Plaza. Un camino conectaba el cuartel general con la Talanquera, núcleo principal de operaciones contra Ceuta¹¹. Era el lugar designado como el punto de partida de los ataques y el paso previo para el asalto a la ciudad. Cercanas al Serrallo se hallaban dos mezquitas. Otros campamentos se situaban en los lugares conocidos como Morro de las Viñas (8), Monte de la Corona, casa del Alcaide y Benzú.

El alojamiento consistía en tiendas de campaña, así como algunas casillas de madera y barracas, construidas estas con ramajes, varas de árboles o haces de caña. Alrededor de estos campamentos se construyeron trincheras (7), formadas por estacas de madera a las que se le había limado las puntas para hacer el mayor daño al posible asaltante.

¹⁰ BARADO, Francisco. (1886): *Museo Militar. Historia, indumentaria, armas, sistemas de combate, instituciones, organización del ejército español*. Tomo III. Barcelona, p. 616.

¹¹ Con vocablo Talanquera se hace referencia a un tablado, reparo o defensa que proporciona un lugar seguro. (ALMIRANTE, José, (1869): *Diccionario militar, histórico, tecnológico con dos vocabularios francés y alemán*, Madrid, p. 320).

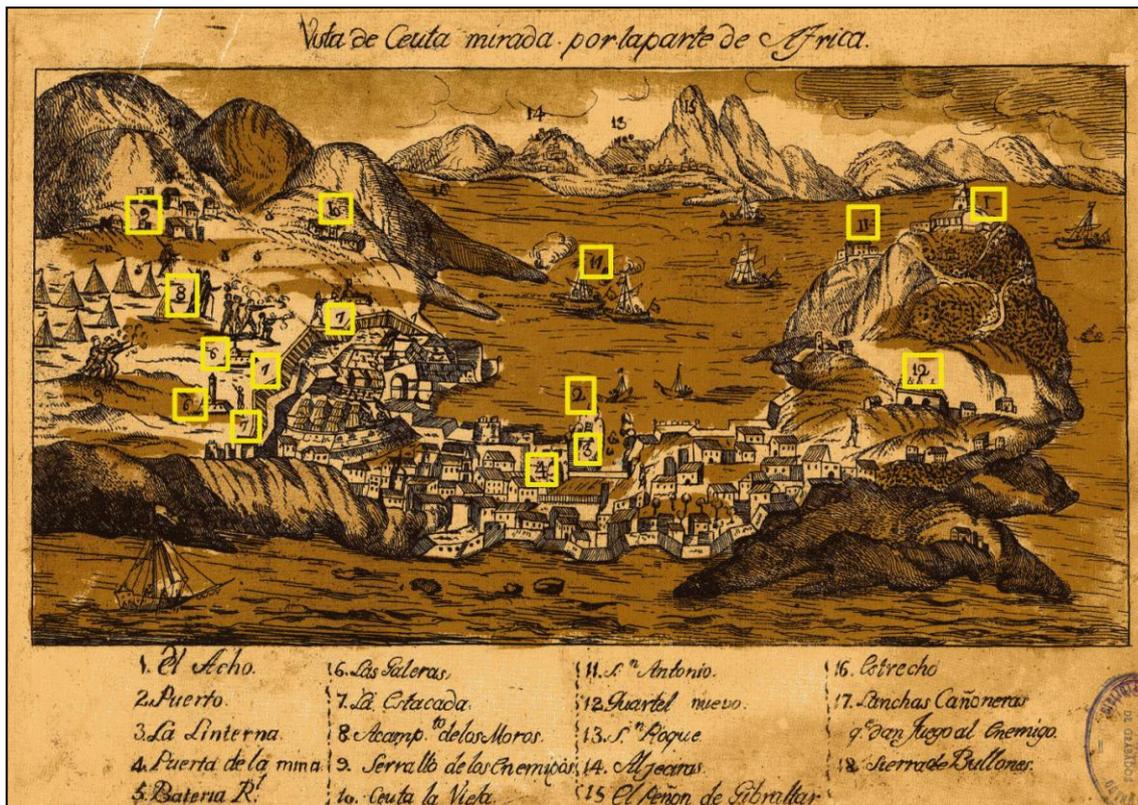


Imagen 1. Croquis de Ceuta vista desde la parte de África. Año 1791. Archivo General de Ceuta.

La disposición de las fuerzas atacantes respondía a una estrategia militar organizada según los criterios avanzados de la época. La ofensiva debía plantearse, como de hecho se planteó sobre Ceuta, mediante el llamado sistema de *ataque industrial*, consistente en situar a 800 ó 900 metros de distancia de la plaza unas baterías de artillería gruesa. Bajo la protección de sus fuegos avanzarían las trincheras en zig-zag hacía la plaza sitiada para desenfilar su fuego¹². Este fue el planteamiento, y podemos sospechar de la existencia de asesores ingleses, no solo por lo avanzado de su táctica, sino también por los informes que suministraron a lo largo del sitio los vigías del Hacho, quienes hablaban de la existencia de “europeos” entre las fuerzas atacantes.

¹² BARADO, Francisco (1886): op.cit. p. 616.

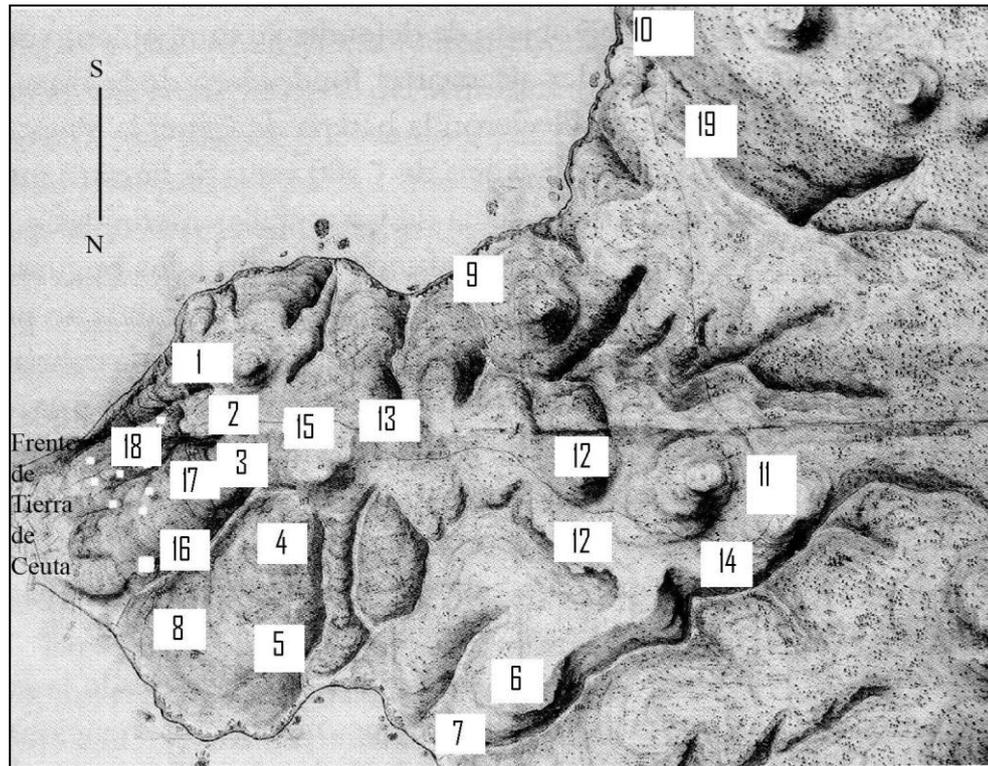


Imagen 2. Puestos de ataques marroquíes contra Ceuta. Distribución del sistema ofensivo sobre el plano de Ceuta y su Campo. Elaboración propia sobre un plano originario del Museo Naval de Madrid. (XCVI-10). LEYENDA. 1: Morro de la Viña; 2: Talanquera; 3: Otero; 4: Los Terrones; 5: Ceuta la Vieja; 6: Cala Benítez Alta; 7: Cala Benítez Baja; 8: la Puntilla; 9: La Tramaguera; 10: Cañaverál; 11: Serrallo; 12: Mezquitas; 13: Jadú; 14: las Quintas; 15: casa del Alcaide; 16: Ataque Real; 17: Primer Ataque; 18: Apostaderos; 19: Ataque del Cañaverál.

Siguiendo el criterio general de la época, las tropas de al-Yazid disponían de diez baterías instaladas en una línea paralela al frente de Tierra de Ceuta, desde la costa sur a la norte en el siguiente orden: Morro de la Viña (señalada en la ilustración 2 con el número 1), Talanquera (2), Otero (3), Los Terrones (4) y Arcila o Ceuta la Vieja (5). En la costa norte se situaban las baterías de Cala Benítez (Alta y Baja), una cerca del mar (7) y la otra hacía el interior (6). El resto se ubicaba en la Puntilla (8), delante del lugar conocido como Ceuta la Vieja (5), en el arroyo de la Tramaguera (9), en la costa sur y, más alejada de la Plaza, en el arroyo del Cañaverál (10), también en el lado sur del campo exterior.

Todas estas baterías estaban construidas con una gran dosis de pericia militar. Los bastiones estaban protegidos por sencillos reductos intercalados que servían para albergar a la guardia, así como permitir el libre tránsito de los trabajadores protegidos

por los centinelas. Cuando la plaza efectuase alguna salida, estas tropas podían defender las baterías y a los trabajadores que se dedicaban a su mantenimiento. Por otro lado, algunas baterías, como las situadas en Cala Benítez, eran de forma circular con objeto de defender su campamento de los ataques de las cañoneras españolas, de las que ya hablaremos más adelante. Asimismo esta forma circular les permitía alcanzar el fondeadero de Ceuta.

Una muestra más del orden y disposición lógica de los atacantes es que delante de las baterías, que en línea batían la plaza desde las costa sur a la norte, se situaban los principales puestos de ataques, tal y como establecía la teoría del asedio de la época: Real (16) y Primer Ataque (17), y los apostaderos (18) alrededor de la Talanquera (2). Su disposición hacía posible que los soldados atacantes ocupasen esas trincheras en los momentos previos al asalto a la Plaza, acción que realizarían después de que los morteros y cañones lanzaran sus obuses y balas por encima de sus cabezas. La actividad en estas baterías fue frenética a lo largo del cerco. Sus sirvientes construyeron explanadas y espaldones, elevaron el terreno en algunas y abrieron nuevas troneras. La munición que usaron fueron bombas de hierro dulce, pues este tipo de proyectil reventaba después de haber caído en los edificios, y este era el efecto que causaron los que lo hicieron en los de Ceuta.

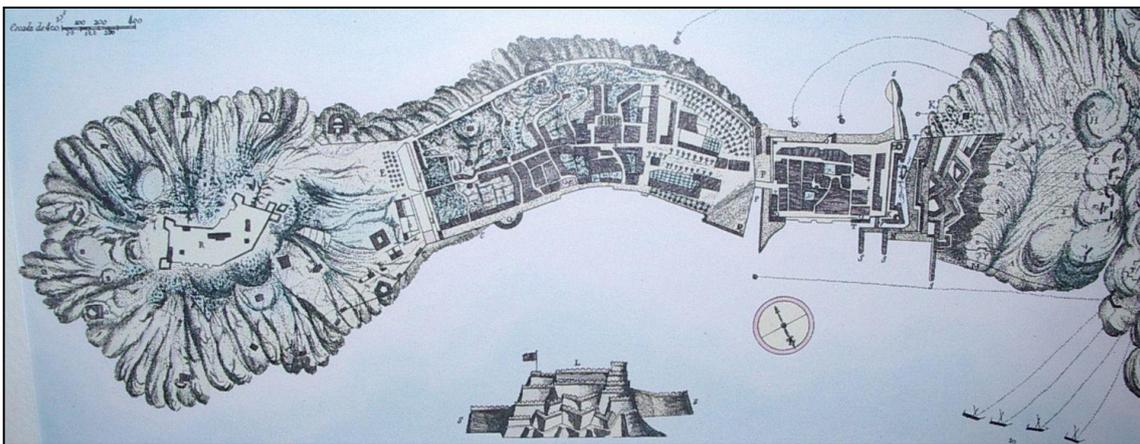


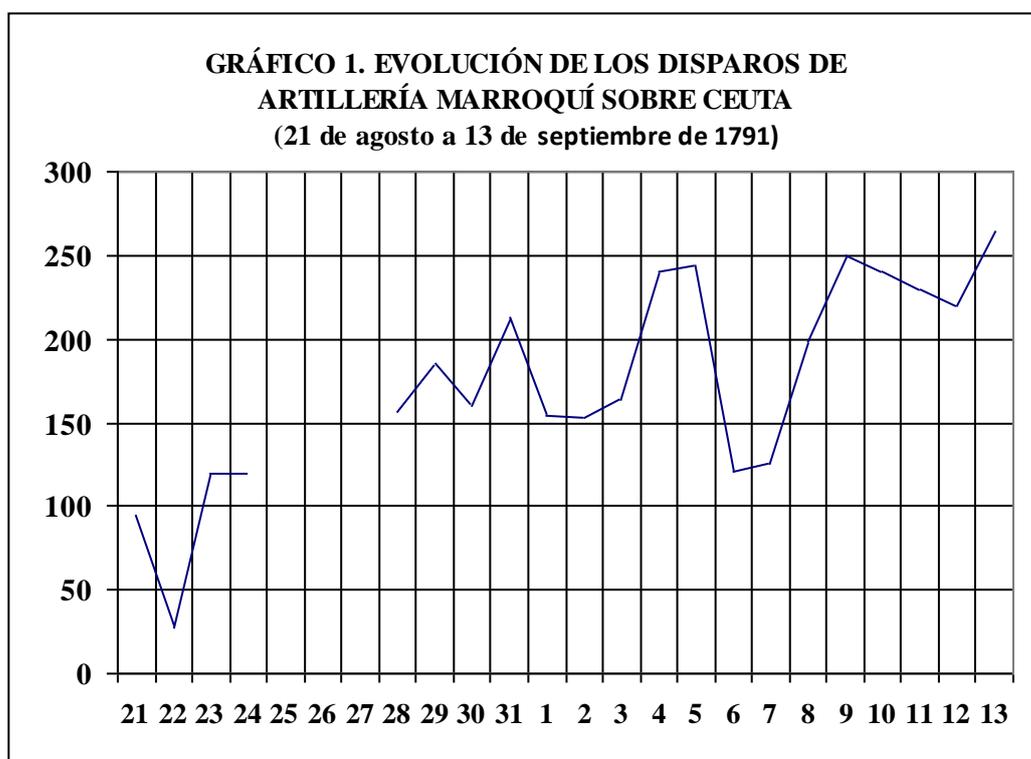
Imagen 3: Grabado anónimo de Ceuta. BNm, Cartografía, M. XLIII-6 (De la Colección de la Empresa de Alumbrado Eléctrico de Ceuta. Publicado en Diciembre de 1998).

El dominio de las alturas por parte de los marroquíes ponía en constante peligro a Ceuta. No quedaba pues más remedio a las autoridades de la Plaza que lanzar de vez en cuando una ofensiva; esto es, realizar expediciones al Campo Exterior con el fin de destruir las baterías y clavar sus cañones. Pero cualquier salida de sus murallas

constituía un serio peligro para la integridad de los soldados, y siempre se temía que un desastre de las tropas españolas en el exterior dejase a la ciudad en manos de los atacantes.

Por otro lado, los cañones ceutíes apenas podían alcanzar las alturas en las que se situaban los campamentos enemigos. Tal y como se aprecia en la ilustración 3; visto desde el norte, esto es, desde la Península, las bombas enemigas podían llegar hasta la población, situada en aquellas fechas en el Istmo y en una buena parte de la Almina. Hasta entonces esta zona de la ciudad se sentía a salvo de las bombas enemigas. Pero el avance de la técnica artillera y la mayor potencia de sus cañones y morteros, acabaron con esta seguridad. En total se lanzaron sobre Ceuta 4.120 proyectiles, la mayor parte entre el 21 de agosto y el 13 de septiembre de 1791, con un breve intervalo entre el 25 y el 28 de agosto, en el que la Plaza no sufrió disparo alguno.

En cambio, las piezas situadas en las murallas del Frente de Tierra de la ciudad de Ceuta, a pesar de lanzar sobre los atacantes más proyectiles que ellos, apenas eran capaces de dañar sus baterías.



Elaboración propia a través de los datos del “Diario de lo ocurrido en la Plaza de Ceuta desde el 23-9-1790 al 3-12-1791 (Instituto de Historia y Cultura Militar. Archivo General Militar. Madrid. 6041-4-3-6-8).

En estas circunstancias las salidas de los soldados españoles se hacía muy peligrosa, pues carecían de cobertura artillera. Esta carencia se podía soslayar si se conseguía acercar el fuego a las costas del Campo Exterior. Para ello contaba el ejército con una escuadra formada por fragatas y apoyada por las lanchas cañoneras y obuseras, invento del marino mallorquín Antonio Barceló.

3. La escuadra del Estrecho y las lanchas cañoneras de Barceló.

Durante el siglo XVIII la infantería aumentó su importancia táctica en el ejército español¹³. En el cerco de Ceuta fue el arma con mayor presencia para su defensa, además de la artillería. Los regimientos fueron llegando paulatinamente: Irlanda, Sevilla, Ultonia, Saboya, Nápoles, Flandes... Asimismo llegaron los miembros del estado mayor, los ingenieros, los médicos, etc. Aunque a finales del siglo XVIII la marina española era deficiente, aún se disponía de una escuadra situada en las aguas del Estrecho y compuesta por fragatas como “La Perpetua”, “Santa Rosalía”, “Soledad”, “Perla”, “Brígida”, “Carolina”, “Dorotea”, “Murciano” y “Florentina” buque insignia, este último, del almirante Barceló. A ellas se unieron bergantines como “Rus” y “Gamo”. Se utilizó también el navío, que era el buque de mayor potencial de fuego de la época (“San Fulgencio” y “Firme”) y un galeón (“San Blas”). Estos barcos servían de escolta a los que transportaban a las tropas y fueron utilizados también para acercar el fuego de la plaza a los atacantes.

Pero la mayor novedad armamentística de la marina de finales del XVIII eran las lanchas cañoneras blindadas. Fue un invento del marino mallorquín Antonio Barceló y Pont de la Terra, que las puso en práctica durante el cerco de Gibraltar de 1789¹⁴.

¹³ BARADO, Francisco (1886): op. cit. p. 610.

¹⁴ La figura de Antonio Barceló es bastante controvertida. Algunos autores han destacado su papel de corsario (CODINA BONET, Ramón (2010). *Don Antonio Barceló: Almirante de la Real Armada y corsario del Rey*), mientras que otros destacan sus conocimientos militares. Algunos biógrafos lo describen como “tosco en el habla, brusco en los modales, reservado en el trato...” y debido a su desfigurado rostro mostraba constantemente un carácter huraño, lo que le hacía tener pocos amigos...” en cambio era ídolo de los marineros” (BARADO, Francisco (1886), op., cit. p. 638). Lo cierto es que el almirante Barceló pasó de ser un patrón de un jabeque-correo de Palma de Mallorca, a un almirante de la marina española. El hecho de que en su trayectoria militar existan varios episodios de corso, no desmerece esta, ya que en el siglo XVIII el corso era considerado como una fórmula mixta, entre lo empresarial y lo militar, para desgastar a los enemigos atacando sus fuentes de abastecimientos por mar.

Consistía en armar un bote de remo con un cañón giratorio del calibre 24¹⁵. Para proteger a su dotación, compuesta por una treintena de hombres, disponían de un parapeto forrado por dentro y por fuera con una plancha de corcho. Sus dimensiones eran: 56 pies de eslora, 18 de manga y 6 de puntal¹⁶. Se movían mediante 14 remos por banda y también solía enarbolar una pequeña vela.

Estas embarcaciones tenían la ventaja del poco blanco que ofrecían a los enemigos, su escaso calado, que le permitía acercarse mucho a la costa, y su desplazamiento por medio de remos, que le otorgaba una gran movilidad, lo que hacía difícil que acertaran cuando disparaban contra ellas.



Imagen 4: Lancha cañonera. Museo Naval. Madrid

Pero tenían también sus inconvenientes: su poca borda, que le permitía una gran rapidez, pero impedía su uso en los días en los que el mar estaba “picado”, pues corrían el riesgo de hundirse. A ello se le añade que debido a su escasa estabilidad era difícil hacer puntería con el cañón, por lo que en realidad su validez como arma atacante era preferentemente intimidadora. Este fue el papel que desempeñaron en Ceuta en 1790-1791.

Barceló se puso al mando de la flota en Algeciras en diciembre de 1790, pero la diplomacia española aseguró que no era necesario el ataque a las costas marroquíes

¹⁵ <http://www.todoababor.es/index.htm>. Revista divulgativa de historia naval en internet. Consultada por última vez el 5-2-2013.

¹⁶ <http://www.galeon.com/capitantonigibraltar/canoneras.htm>. Consultada por última vez el 5-2-2013.

porque se iba a llegar a la paz. Poco después, las intrigas palaciegas hicieron que le fuera retirado el mando, que se le concedió al almirante Francisco Javier Morales.

La historia de la marina nos ofrece la versión de que esta escuadra no tuvo un destacado papel en la zona del Estrecho en los años finales del siglo XVIII, salvo su acción en el ya mencionado asedio de Gibraltar. Pero se equivoca, pues olvida el gran servicio que prestó para levantar el sitio de Ceuta en el año 1791.

4. La acción conjunta tierra-mar para alejar el peligro de las murallas de la ciudad.

Las autoridades de la plaza de Ceuta llegaron a la conclusión de que había que alejar a los atacantes de las alturas que rodeaban la ciudad. Para ello no había más remedio que efectuar una salida fuera de las murallas. Previamente habría que bombardear las baterías enemigas para desactivarlas. En este sentido era conveniente un ataque por mar desde las dos bahías (norte y sur) que rodeaban el campo enemigo. Para ello se utilizarían las lanchas cañoneras fondeadas en la bahía norte de la ciudad, en el muelle del foso. En el momento del ataque habría que desplegar al menos la mitad de ellas en la otra bahía. De esa manera se podía coger entre dos fuegos a los sitiadores. Pero trasladar las naves hacía la bahía sur implicaba costear la Almina, lo que no siempre era factible para estas embarcaciones que, como se ha dicho, mostraban el inconveniente de su escasa borda y su inestabilidad.



Imagen 5: Foso marítimo de Ceuta, situado en el llamado Frente de Tierra. Fotografía de Pepe Gutiérrez.

Para solventar este problema se pensó en trasladarlas con mayor rapidez atravesando la ciudad a través del foso marítimo, que se situaba en el flanco este del istmo que separaba el continente de la Almina. Pero este foso se encontraba en esas fechas cegado, por lo que se procedió a su desarenado. Para ello se colocaron unos espaldones formados por sacos terreros en cada una de las bocas (norte y sur) del canal para estancar las aguas y desaguarlo por medio de bombas o norias ubicadas en sendos tinglados a un lado y otro, y movidas por presidiarios. Una vez seco, se procedería al desarenado.

Pero esta obra de ingeniería hidráulica no dio el resultado apetecido. Bien fuera porque no se disponía de suficiente tiempo o bien del número necesario de presidiarios para esta inmensa labor, lo cierto es que al poco tiempo de comenzar y, por dictamen del ingeniero hidráulico, Tomás Muñoz, se suspendieron estas labores¹⁷.

Se ha debatido la oportunidad del ingeniero Muñoz en detener estas obras. En su dictamen alegaba que a pesar del desarenado, el foso no podía ser navegable, ya que: “tiene en la entrada del N., una laja o piedra que lo ocupa todo, y que no deja cuatro pies

¹⁷ MOSQUERA MERINO, María del Carmen. (1998): “Hallazgo de un manuscrito de finales del XVIII”, en *Homenaje al profesor Carlos Posac*. Tomo II, Ceuta, Instituto de Estudios Ceutíes, p. 495.

de agua¹⁸». Sin embargo podemos conjeturar que se obró con precipitación o por intereses espurios a los de la defensa de la plaza, pues el foso era, y es, navegable para pequeñas embarcaciones de escaso calado como eran las lanchas cañoneras. En aquellas fechas esa disponibilidad ya era conocida. En el plano que en 1735 dibujaría el ingeniero José Cardoso con indicación de la profundidad del foso, esta se mantenía en torno a los 3 ó 4 pies en bajamar y entre los 5 a 8 en marea alta. Los cascos de las lanchas cañoneras tenían poco calado, pues median 6 pies de puntal, esto es desde la cubierta a la quilla, por lo que seguramente podrían superar su fondo, al menos durante la pleamar. Por otro lado, la piedra que existe en su entrada norte, era, y es, fácilmente salvable. Lo cierto es que no se utilizó el foso del Frente de Tierra como paso para las embarcaciones, ni siquiera para las lanchas cañoneras, y estas tuvieron que rodear la Almina.

Se efectuaron dos salidas en las que tuvieron un especial protagonismo las lanchas cañoneras. Una el 30 de septiembre y otra el 31 de octubre de 1791.

En la primera de ellas salieron de la plaza tres columnas formadas por 320 infantes, 800 granaderos de todos los cuerpos de la guarnición y 30 soldados de caballería. Cerca de ambas costas se apostaron nueve lanchas cañoneras, dos obuseras y dos bombarderas con el fin de proteger con sus disparos las acciones de las fuerzas terrestres. Su fuego abatió el campamento enemigo por el sur, mientras que el jabeque correo, al mando de Melchor de Mesa, batía con metralla la guardia instalada en Los Castillejos. Tanto este fuego como el de la avanzadilla que precedió a las fuerzas de a pie, lograron hacer huir a los enemigos de sus trincheras y destruir algunas baterías. En el mencionado lugar de Los Castillejos desembarcó un piquete de migueletes¹⁹, que destruyó una choza de la que previamente habían extraído todo su contenido. También se inspeccionó una mina que los marroquíes estaban construyendo desde la Talanquera y que tenía como objetivo introducirse, por debajo de tierra, en la plaza de Ceuta.

¹⁸ I.H.C.M. A.G.M. (Instituto de Historia y Cultura Militar. Archivo General Militar) Legajo 6.043-4-3-6-10.

¹⁹ Aunque las referencias a los migueletes pueden ser varias, creemos que las fuentes describen en el caso que nos ocupa a unos soldados que usaban un determinado tipo de fusil con llave de chispa que simplificaba extraordinariamente a aquellos otros que usaba llave de rueda. Dicha llave fue un invento español, y tanto franceses como holandeses se negaron a utilizar el término de llave española, universalizando el de miguelete, nombre con el que por extensión se designó a los soldados que los portaban.

La mina contenía dos ramales con una extensión aproximada conjunta de 52 varas. Uno de los ramales estaba dirigido hacía la galera de San Antonio, una de las fortificaciones más avanzadas de Ceuta. Del otro ramal solo se había logrado construir un tramo muy pequeño. En esta acción no dio tiempo a destruir la mina, y solo se pudo levantar su croquis²⁰.

La segunda salida tuvo lugar, como decimos, el día 31 de octubre de 1791. A las seis y media de la mañana puso el Hacho la señal prevenida para la marcha. Las fuerzas de la guarnición ceutí estaban compuestas por unos 3.500 hombres, procedentes de diversos regimientos acantonados en la ciudad. Estas fuerzas se dividieron en tres columnas. Una avanzó por la derecha al mando del mariscal de Campo José Vasallo; otra por la izquierda, dirigida por el también mariscal de Campo, Garcearán Villalba, y otra por el centro dirigida por el Brigadier José Urrutia. Entre las tres columnas portaban diez cañones de campaña. Los soldados pertenecían a los regimientos de Sevilla y Valencia.

Las naves “Murciano”, “África” y el galeón “San Blas”, protegidas por lanchas cañoneras y obuseras, condujeron hasta Cala Benítez a tropas de los regimientos de Saboya y Sevilla, que desembarcaron en esa playa al mando del capitán de fragata Antonio Borres. Otro contingente, también embarcado en naves y escoltado por lanchas, efectuó el desembarco en la parte sur del campo enemigo, en concreto en la Tramaguera y Cañaveral.

²⁰ Croquis de Masdeu que reproduce la mina descubierta a los marroquíes en 1791 (I.H.C.M. A.G.M.M. Sitio de Ceuta. Años 1790-1791, legajo 6043-4-3-6-8).

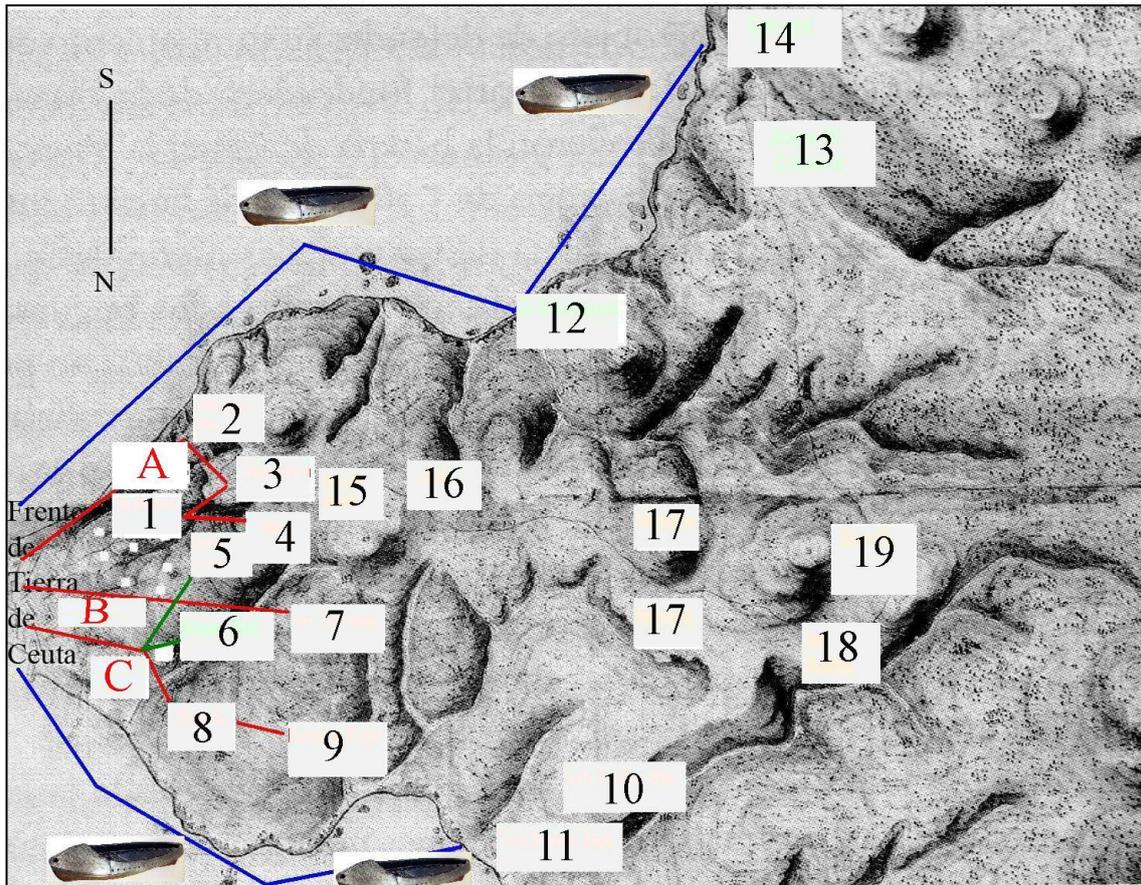


Imagen 6: Ceuta. Disposición de las posiciones sitiadoras y táctica de asalto a las mismas desde la plaza de Ceuta. . Elaboración propia sobre un plano originario del Museo Naval de Madrid. (XCVI-10).

LEYENDA: BATERIAS Y DEFENSAS ENEMIGAS: 1: Apostaderos; 2: Morro de las Viñas; 3: Talanquera; 4: Otero; 5: Primer Ataque; 6: Ataque Real; 7: Terrones; 8: Puntilla; 9 Ceuta la Vieja; 10: Cala Benítez Alta; 11: Cala Benítez Baja; 12: La Tramaguera; 13: Ataque del Cañaveral; 14: Cañaveral. LÍNEAS DE PENETRACIÓN DEL EJERCITO ESPAÑOL A: Columna de Villalba; B: Columna de José Urrutia; C: Columna de José Vasallo. En azul las líneas de navegación de la flota española y su ataque a las costas del campo enemigo.

La columna del centro llevaba en vanguardia un grupo de migueletes que lograron hacer huir a los defensores de la batería de Los Terrones. Poco después llegó a este lugar la columna de Vasallo y mientras una parte de sus tropas procedió a la demolición de la batería allí ubicada, el resto se dedicó a atacar a los marroquíes con el fin de que no entorpecieran los trabajos de demolición, rechazándolos hasta el Serrallo por medio de los cañones de campaña. Sus soldados destruyeron las baterías de Arcila (o Ceuta la Vieja) y la Puntilla. La de Garcearán hizo lo propio con la del Mirador y Morro de la Viña, así como la que había causado durante todo el cerco tanto sufrimiento a la ciudad de Ceuta: la de la Talanquera.

Los soldados que desembarcaron en las costas del Campo Exterior encontraron cierta resistencia en La Tramaguera, pero al final lograron que sus ocupantes abandonaran sus posiciones. Una vez conseguido esto quemaron, arrasaron y destruyeron tanto esta batería como la del Cañaveral en el sur, y las de Cala Benítez en la costa norte.

En total se quemaron y arrasaron nueve baterías: seis al frente de la Plaza y tres en ambas costas. Igualmente se destruyó el Ataque Real.

Por último, se procedió, por el ingeniero director Luis Huet y el capitán de minadores, Francisco de Cuesta, a volar los dos ramales de la mina inspeccionada en la salida anterior de 30 de septiembre que, por cierto, había avanzado hacia la Plaza en unas nueve varas.

Conclusión.

La táctica militar es la ciencia de hacer obrar a las fuerzas en circunstancias dadas. Pero la táctica exige una estrategia militar previa y ambas, táctica y estrategia se complementan. A finales del XVIII el arte de la guerra se dividía en: estrategia militar, táctica, logística, táctica de las armas y arte del ingeniero. En el caso que nos ocupa se cumplen con estas cinco premisas.

En primer lugar se elaboró una estrategia que tenía como objetivo esencial el alejar a las baterías enemigas de la ciudad.

En segundo lugar se diseñó también una táctica con el uso de las armas de que disponían las autoridades militares de Ceuta: lanchas cañoneras y fuerzas de infantería y artillería esencialmente. Se valoró asimismo el uso de la caballería, pero debido a las deficiencias orográficas y a la naturaleza de las fuerzas sitiadoras, se desaconsejó su uso por ineficaz.

En tercer lugar la teoría militar establecía la necesidad de la logística. Aunque no ha sido explicada extensamente en este trabajo por razones de espacio, la logística fue una de las acciones prebélicas más importantes de este episodio. En el primer gran cerco del siglo XVIII, el de Muley Ismail (1696-1726), la plaza de Ceuta estuvo a punto de caer por la deficiencia de su infraestructura militar. Hubo que hacer esa labor de logística a marchas forzadas. En cambio, en este del 1791 la plaza estaba ya preparada.

No fue solo la labor que los ingenieros llevaron a cabo en las fortificaciones de Ceuta en los años anteriores, y que entrarían de lleno en el último de los factores del arte de la guerra, sino que también se llevó a cabo un aprovisionamiento exhaustivo de la plaza (a veces demasiado exhaustivo y con la correspondiente sombra de corrupción). Soldados, sanitarios, municiones y pertrechos de guerra (fajinas, manteletes, ataques, hornillos, etc.), bastimentos de boca, material de defensa y alojamiento de soldados... Toda una batería de pertrechos y personal que fueron trasladados a la ciudad gracias a que esta mantuvo siempre la vía marítima abierta.

También hubo en esta acción una táctica de armas, con la utilización conjunta del arma de infantería y de la de marina. La táctica de ataque en tenaza acabó con los apostaderos de los agresores, así como con sus mortíferas baterías. Para ello se tuvo en cuenta, como en cualquier táctica de armas, la orografía y el escenario de la acción. Asimismo se analizaron las condiciones de los enemigos, mediante la obtención de la mayor información posible, mediante los vigías del Hacho y los escuchas, que deambulaban de noche en el campo enemigo para estar al corriente de sus movimientos. El sistema de los vigías del Hacho consistía en un juego de dos banderas que, colgadas de un mástil señalaba a los soldados, según un código binario conocido por todos los componentes de la expedición, los lugares dónde se concentraba el mayor número de enemigos o aquellos otros sobre los que los barcos de la escuadra y las lanchas cañoneras debían aglutinar el fuego. Este mástil se situaba en el monte Hacho de Ceuta, desde dónde el vigía observaba con instrumentos ópticos el movimiento de los enemigos.

Desde la antigüedad las tropas de las ciudades asediadas solían hacer esporádicas salidas para aliviar el cerco. En este sentido fueron numerosas las ocasiones en las que los defensores de Numancia, por ejemplo, atacaron las fuerzas romanas encargadas de custodiar las obras del sitio. Eso es lo que hicieron también en esta ocasión los españoles de Ceuta. Y no fue la primera vez que lo realizaron. Se hizo durante el cerco de Muley Ismail, así como en octubre de 1732 ante el cerco que unas huestes marroquíes, guiadas por el renegado Barón de Riperdá, intentaron poner a la

Plaza, pero en ninguna de las veces anteriores se usó de forma tan contundente el ataque a la retaguardia enemiga a través del mar²¹.

Sabido es que en la estrategia militar anterior al siglo XX había dos formas de aproximación al enemigo. La forma directa, que no debía ejecutarse salvo en los casos en los que se estaba seguro de la debilidad del frente, y la aproximación indirecta. Las tropas españolas realizaron una aproximación indirecta mediante un movimiento calificado como convergente desde el momento en el que las columnas atacantes actuaron de forma simultánea²². Debido a las circunstancias geográficas, este ataque no pudo ser llevado a cabo sin el auxilio de los medios marítimos, que como se ha dicho, acometieron las baterías de las zonas costeras y transportaron tropas para que desembarcaran en la retaguardia enemiga. De esta manera las tropas marroquíes que asediaban la ciudad no solo tuvieron que hacer frente a las tres columnas que salieron de ella, sino también a aquellas transportadas en naves. Asimismo, además de verse sorprendidos por el fuego de la plaza que hasta entonces no le había causado gran daño, fueron sorprendidos también por el de las lanchas cañoneras que atacaron las calas del norte (Benítez) y las del sur (Tramaguera, Cañaverál).

Es evidente, por tanto, que la acción conjunta entre fuerzas terrestres y marítimas no era algo que se hiciera de forma esporádica y casual por parte del ejército español de la edad moderna. Existía toda una estrategia diseñada desde principios del siglo XVIII para llevarlas a cabo con garantías de éxito.

Para terminar unas notas de lo que ocurrió tras esta acción militar en el Campo Moro de Ceuta. A partir de esta última salida, las tropas que la asediaban se vieron impotentes para continuar su cerco. Despojados de sus cañones y con un gran número de bajas y desertiones, no tardarían en levantar el campamento del Serrallo y emprender el camino de Tetuán. Hay que advertir al lector, sin embargo, que en este final del asedio intervinieron también otros factores, entre ellos la crisis política que sufría el reino alauita y que terminaría con el derrocamiento de al-Yazid y su sustitución por Sulaymán (1792-1822), con quien España firmaría la paz en 1799.

²¹ REDONDO DIAZ, Fernando (Cord.) (1983). "La Edad Moderna" en *Historia de las Fuerzas armadas*. Tomo I. Zaragoza, Ediciones Palafox, p. 154.

²² BORREGERO BELTRAN, Cristina. (2000): *Diccionario de historia militar*. Ariel. Barcelona, p. 38.